

Bocetos

Del Hípico, Las Mestas y Gijón

LUIS MEANA

Caso de que, sin previo conocimiento de causa, un forastero entrase en el hipódromo municipal de Las Mestas, seguramente la primera conjetura que le relampaguease en el cerebro sería no que está en Las Mestas, cantón resistente y mefistofélico de Gijón, sino que Dios le había puesto de nuevo, como a Adán, en el Edén, ante la atmósfera idílica de la representación: una pintura impresionista en la que se ve a damas melancólicas sentadas plácidamente en los bancos del frondoso jardín matando impunemente el tiempo, niños que vuelan llevados por la mágica estela de un columpio, perros que juguetean distraídamente con sus amos, árboles que ofrecen refrescantes su umbría centenaria en medio del trinar de mil pájaros inocentes, y jóvenes adolescentes que intercambian los primeros tibeos y carantoñas del amor. Más impactante todavía, si cabe, es la impresión siguiente que le puede sobrevenir al desavisado: que no está en Gijón, sino en Wall Street. Porque aquel calmado y bucólico jardín transmuta instantáneamente de parque a parqué, con un montón de señores que corren agitados con boletos de apuestas en las manos como si fueran acciones de Microsoft, forman corros que parecen pelearse por comprar apresuradamente acciones en alza o vender rápidamente caballos en baja, y que miran constantemente a un gran tablón de cotización de las series anteriores, o portan libretas llenas de pronósticos y gráficas de proyección, con gemelas, triples gemelas, quintuples y demás etcéteras, todo ello más propio de un mercado de valores que de una sesión hípica habitual, agitación y papeleo que dura hasta que repica de nuevo la campana y se para la comercialización. Casi todo igualito igualito a lo que se ve en televisión sobre Wall Street. Lo más abracadabrante de toda esta representación es que esos corros bursátiles no están formados por «brokers», corredores de Bolsa o inversores de postín, como sería lo previsible y natural, sino por proletarios del metal, peluqueras de barrio, monjas en traje seglar, conductores de autobús, echadores de sidra, revendedores taurinos, o alguna que otra ayudante de farmacia de Somió, a los que la experiencia autodidacta del tranco y la carrera les ha convertido en grandes especialistas del salto de obstáculos, igual que los sufridores de Gescartera o de Ibercorp se han convertido, a golpe de timos y sablazos, en especialistas financieros. Y es que en Las Mestas, como en todos los sitios donde hay mucho autodidacta, la letra con sangre entra. En definitiva, lo más granado del ancestral, rústico y combativo proletariado de Gijón, convertido en una especie de «brokers» del mercado continuo, en un travestismo social sin antecedentes, pero con muchos consecuentes.

Lejos de escandalizar, ese travestismo social, único en Asturias, España y el mundo, es lo que vuelve a ese cuadro peculiarmente arrebatador, y lo que convierte al hípico en el espectáculo más fascinante del verano gijonés. Porque, mientras la variopinta paleta de espectáculos veraniegos de Gijón —por cierto, en clara tendencia bajista— está dominada por la presencia monopolística de una especie de animal totémico gijonés, no recogido ni registrado en ningún manual o tratado de mitología, que lo domina y lo tiraniza todo, y que, como cualquier otra tiranía, también lo destruye casi todo —el bocata—, un mostrenco que florece preferentemente en el embarullado humus de la Feria de Muestras o en la covacha de la «Semana negra», el hípico es el espectáculo polarmente contrapuesto a esa tiranía del bocata: es el intento de los gijonés de jugar al juego del refinamiento y de la distinción. Lo que ya se nota hasta

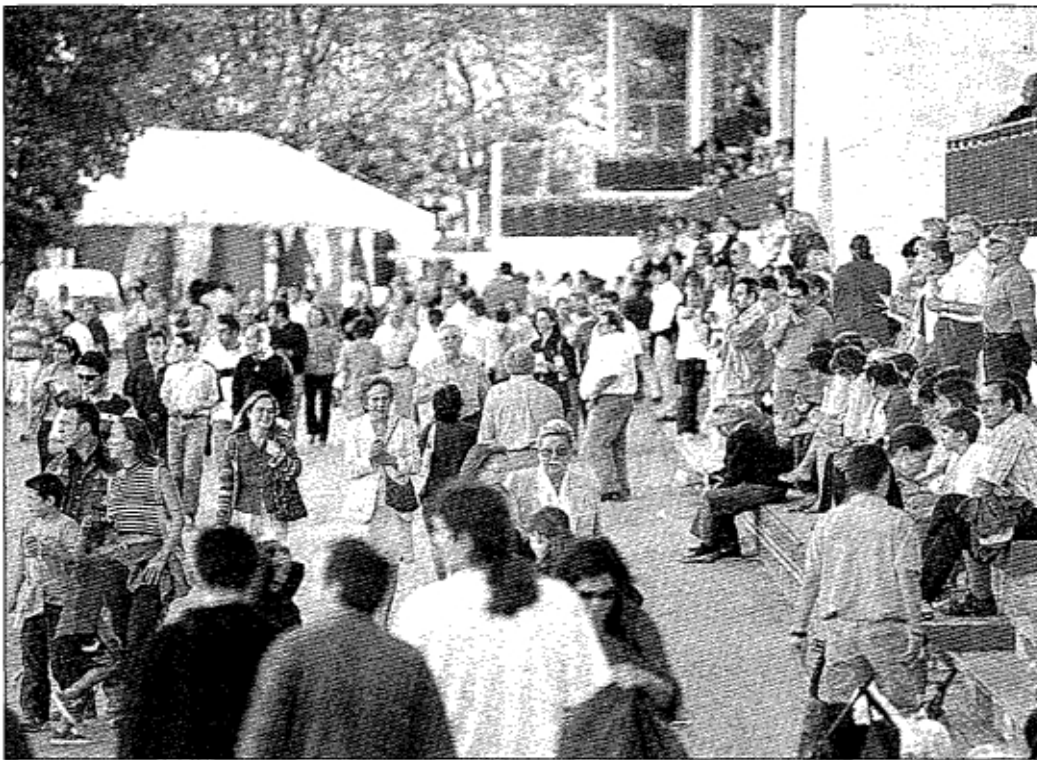
en el mismo programa: uno lee los nombres de esos caballos y jinetes y todo exhala una especie de elixir de clase propio de los más rancios refinamientos de la aristocracia, hasta el punto de que uno no sabe si está leyendo el Gotha de la hípica, un menú de un gran chef parisino o uno de esos folletos cursis de la música culta, preferentemente la ópera, que alcanzan tal tecnicismo barroco en la descripción que se puede llegar a pensar que están hechos para emborrachar de embelesamiento a sus lectores. Los caballos, con alguna recia excepción, no reciben nombres vulgares, como los perros de las películas de Buñuel, que se llaman canelo o cosa así, o los toros, que llevan nombres corrientes y vulgares como «Cascabel», «Fandanguero», «Islero» y «Avispado», sino que reciben nombres eximios, preferentemente en francés, como si

consiste en ver y, más todavía, en que te vean y te registren. En una palabra, la liberación de la fritura y de la pana socialdemócrata mediante la excelencia hípica, o el respiro de la libertad social aupándose al palco más lejano del calamar. El hípico es la ópera de Gijón. Y lo que es aún más importante: es toda la ópera que puede soportar Gijón. Un conocimiento con ricas derivaciones y muy vastas consecuencias que deberían tener en cuenta todos esos espadones municipales, oficiales o inoficiales, que andan en la tonta competición de ver quién se columpia más alto en la cueña de las utopías de jardín o quién inventa la cábala, proyecto o ensoñación más atrevida sobre el futuro «terciario» o de ciudad de servicios para Gijón, que es un futuro más que irreal y pluscuamperfecto. Así que los gijonés van a la hípica como los ove-

«parvenu» de «Gran hermano», la hamburguesa, las zapatillas deportivas, y el Gotha deforme del papel cuché. Más que un espectáculo de salto de obstáculos, Las Mestas es como una foto fija de un mundo parado y estático como un caballo de cartón. Las Mestas es como una película majestuosa de Visconti.

Si convirtiésemos mentalmente a Gijón en una gran hacienda creada por una familia patricia y luego ensanchada por sus herederos industriales, y dividiésemos la ciudad en distintas estancias, entonces la playa sería el majestuoso jardín de la mansión, la Feria el «office» o la sala de herramientas, y Las Mestas el hermoso salón. Una vez al año Gijón reúne en ese gran salón a los tres grandes actores de la modernidad, a las tres grandes ficciones históricas que han protagonizado los dos últimos siglos de la humanidad: el proletariado (del Natahoyo) sentado en la grada, la alta burguesía (de Somió) sedente en la tribuna, y la rancia aristocracia (local o de fuera) reinando desde la platea restringida de jinetes y amazonas. Se sientan todos en ese salón mirándose de reojo y haciendo como que son muy distantes y distintos, cuando, en realidad, están los tres defendiéndose en común de una enfermedad letal que les afecta por igual a los tres sin distinción de clases, títulos o dineros: su imparable desaparición histórica. En medio de un mundo que ya es puro desorden sociológico, allí están esos señores jinetes bailando el vals lento de la clase y del pasado, con su universo limpiamente dividido, vestidos con el anacrónico uniforme de montar, tan anacrónico como el traje de torero, y con él van recorriendo aquella minipradera igual que si estuvieran recorriendo sus antiguos y desaparecidos latifundios, acompañados de sus perros de raza, monteros, amigos, capataces y aparceros, mostrando, teatralmente, un terratenientismo que, a falta de dimensión y volumen de realidad, ya sólo puede ser un deporte, un juego residual de una casta tan de cartón piedra como el recorrido hípico mismo, en medio de una realidad social en la que el deporte del caballo no puede ser más que una virtualidad exquisita y superminoritaria frente al furor de las masas por un gol, un enceste o un récord.

Nada hay más hermoso ni impactante que esa reminiscencia de un tiempo en el que los señores y sus siervos todavía tenían una especie de intrínseco lazo afectivo mucho más fuerte que los lazos meramente funcionales, cosa que todavía se lee en los viejos tratados de sociología, pero se ve, ritualizado, en la pradera de Las Mestas. Ése es el gran valor de esta ópera de Gijón, que debería estar, como la ópera misma, subvencionada, y subvencionados sus actores, estos jinetes tan exquisitos como los mejores tenores: la belleza de observar la fuerza e inercia de los viejos ritos, la belleza de ver cómo arde en la enorme hoguera de su propia anacronía y aberraciones el gran estilo Scarlatta O'Hara, la autorreforzada resistencia de lo antiguo ante el monstruo emergente y desconcertante del futuro cada vez más ignoto. En una palabra, la fidelidad del naufrago a su propio naufragio. O la belleza completa y melancólica del pasado. La melancolía en estado puro, que eso es Las Mestas, melancolía en estado puro, reminiscencia hípica y miniada de lo que un día fue Occidente. Y no siempre se tiene la suerte histórica de asistir, cinematográfica y plácidamente, sentado en una tribuna, sin sangre, dolor, ni crueldades reales, sino sólo simbólicamente, a la estrepitosa caída de los dioses.



Público siguiendo el hípico en Las Mestas, en el concurso de esta semana.

fueran perfumes: «Dino de la Chevee», «Danseur de Caveire», «Eglante», «Victoire du Stade», «Filou Landais», «Eden de la Rose», «Fine Kiss», nombres que parecen pensados para que, nada más oírlos, les entre el sofoco erótico a las marujas de Gijón como si hubieran aspirado un elixir de la carnalidad. Y otro tanto ocurre con los distinguidos nombres de los jinetes y las amazonas: Gilles Bertran de Balanda, Tatiana Freytag von Loringhoven, Martínez de Irujo, Florian Meyer zu Hartum o «S. A. R. H. de Jordania», nombres todos que evocan el mareante limbo de la clase, polvo de siglos, manos blanquísimas, grandes cortinones, finísimas conversaciones entre candelabros de plata, mesas con siete juegos de cubiertos y otras tantas copas, y todo eso que sale y se ve en películas como «Lo que queda del día».

Así que la hípica, más que un espectáculo ecuestre, es como la desconchada Milla de oro de Gijón, una pasarela-desfile, de estilo descascarilladamente vienés, para señoritas pepis de Somió que aspiran al devaluado candelabro vacante de la Mazagatos, o para marujas de engorde del Natahoyo, que juegan a ponerse el satén encima de la faja reventona, o para nietas de antiguos tranviarios que buscan la más que difícil elegancia de la moda «casual» o informal, una de las más difíciles que existen, paseo-desfile en el que la gran lucha

tenses van al Campoamor: a demostrar lujo y distinción. Aspiración que no tiene nada de ridícula o despreciable, sino que, por el contrario, es algo esencialmente deseable y necesario. Como, por lo demás, ya señaló nada menos que en 1796, y en su hermosa «Memoria sobre las diversiones públicas», aquel «español perdido» y sufriente gijonés, al que tanto se cita ahora a tiempo o a destiempo, el señor Jovellanos, quien ya apunta allí lo que luego confirmarían los más grandiosos tratadistas de la sociología: cómo el lujo y el lucimiento social, a través de la arquitectura de los espectáculos públicos, son instrumentos insustituibles en la modificación del carácter, la revolución del gusto y las ideas, el moldeamiento, transformación y evolución ciudadanas.

De modo que uno entra en Las Mestas y se encuentra con un espectáculo, social y sociológicamente, único: la hípica o el gran juego de la anacronía. La hípica como una de las últimas representaciones de un mundo, ya periclitado, limpiamente dividido todavía en clases, sangres, distinciones, categorías, convenciones de estilo y elegancia, que trata de mantener la cabeza a flote en medio de la gran marea de la globalización, un mundo que es ya un áquelarre de etnias, un revoltijo de razas y de clases, sociedades gobernadas por el mal gusto y los desórdenes de la improvisación y el azar, en el que mandan los

La hípica, más que un espectáculo ecuestre, es como la desconchada Milla de oro de Gijón, una pasarela-desfile para señoritas pepis de Somió